

Huérfanos de lengua*

JORGE JINKIS

Hay en los estudios lingüísticos una cuerda biográfica, confesional, a cuya incidencia tal vez no se le ha prestado la atención que merece. Bastaría recordar los nombres de H. Taine (1876), W. Preyer (1889), C. Stern y W. Stern (1907): son las fechas de aparición de los primeros diarios donde se relatan los progresos lingüísticos de los hijos de los autores. Práctica que persiste y no se restringe a los estudios pioneros.¹

Cuando el habla comienza a introducirse en el niño suele decirse que está aprendiendo a hablar, y aunque se lo pueda presentar como adquisición, resulta difícil asimilarlo a cualquier otro proceso de aprendizaje. De allí provienen algunas de las vacilaciones de la psicología en lo que concierne al lenguaje, y facilita incursiones de la psicología de los lingüistas en ese campo. Es cierto que el niño comienza a hablar en un mundo que el lenguaje lo organiza, pero no es seguro que aprenda a hacerlo.

Hablar parece ser un modo de dirigirse hacia la madre (hacia quien cumpla la función que se le adjudica) a medida que se acentúa la separación y se va desdibujando su presencia. ¿Es la separación la que inventa la distancia, o la introducción del habla, aspiración vertiginosa, crea el vacío al que las palabras llegan para ocupar insuficientemente, sin nunca colmarlo? Sin duda, la lengua, la lengua natal, es primera interposición y principio de diferencia; es, extrañamente, el primer extraño, la primer extranjera.

¿Por qué llamarla “materna”? Una respuesta que concierne a la subjetividad de los hijos diría que la lengua materna es

* Agradecemos al autor la cesión de este texto publicado en: Jorge Jinkis, *No sólo es amor, madre*, Edhasa, Buenos Aires, 2013.

¹ Es destacable el libro de Ruth Hirsch Weir, quien registra los monólogos previos al sueño de su hijo Anthony de dos años que practicaba con las propiedades fonéticas de sílabas y palabras. Con prólogo de Roman Jakobson, véase *Language in the Crib*, Mouton & Co, La Haya, 1962.

lo que queda de la madre después de perderla, lo que de ella persiste desde que comienza a alejarse en las múltiples formas de la ausencia. Si así fuera, hablar queda comprometido en el movimiento de un duelo inacabable y, a la vez, adquiere la forma de una renegación. ¿Qué se pierde en esa pérdida? ¿Algo que no habrá de ser? ¿Acaso el lingüista (y cada uno de los hablantes) tomado por una fantasía retrospectiva, estará inclinado a hallar en la inauguración del habla la estructura de la nostalgia? Es difícil, pero la función de la pérdida parece ser una de las condiciones a la que obedecen los mitos que relatan los principios.

El famoso trabajo de Roman Jakobson *Why Papa and Mama?* señala una tendencia hallada en diferentes lenguas sin conexión entre sí, a converger en el uso de esos apelativos. Aunque *ma* no sea una lengua es, quizás, una casi palabra que sobrevivió a la catástrofe de Babel. Revela el lado fallido del castigo de Dios y ha permitido preservar nuestra soberbia, por obra y gracia de la madre.

Si las palabras nos llegan del Otro, hablando nos dirigimos a él sin alcanzarlo, a pesar de nuestras ingeniosas fantasías perwersas. Un lingüista, Claude Hagège,² no duda de que su amor por la diversidad de las lenguas está enlazado al amor pasional por su madre, originado en su infancia y que persistió durante toda su vida. Aunque se reconoce como un hijo de excepción, el científico aventura que, en grados diversos, es algo válido para cada uno. Y ofrece un testimonio que sorprende al lector, quizá por arriesgarse a la reminiscencia sin llamarse Marcel.

Un año después de la muerte de su madre cuenta que cuando enfermó, de una enfermedad que le había privado de la palabra, la acompañó hasta el último instante intentando ayudarla en su reeducación. “Las palabras que yo quería que animaran sus labios eran aquellas por las cuales siempre me había nombrado: *mon fils*”. Quería pues, ser llamado, y no sólo sentir pena por perderla; también se niega a perder su lugar en ella, como llora Pirandello a la muerte de la suya.³ El huérfano es el que deja de pertenecer (se trata de una secuencia de fracturas que comienza en el nacimiento, sigue con la capacidad de articular las primeras palabras, de escribir las primeras letras, y sigue..., aunque se admite la eficacia retroactiva de esos cortes).

El episodio amoroso que relata el lingüista se presenta como una confirmación indirecta de una sospecha extendida: que algunas funciones fisiológicas vitales, las de inspirar y exhalar, no

² *L'Homme de paroles*, Fayard, París, 1985.

³ Al menos, según la versión de los hermanos también en el último episodio de *Kaos*: “Coloquio con la madre”.

se reducen a una economía gaseosa. Gozan de un prestigio que proviene de la maternidad y hace que la primera de estas palabras nombre precisamente la fuente de la creación; la segunda, el último suspiro. El amor del lingüista dice que “mamá” (vocativo) no deriva del léxico en el que figura “madre”.

Aludimos a las interferencias psicológicas en la reflexión lingüística. Sin restringirse a los afectos que rigen las circunstancias graves de una vida, y sin abandonar ese registro biográfico, Deborah Tanen, profesora de lingüística en la Universidad de Georgetown, nos introduce un modo explícito en ese campo de manera más ligera y hasta cómica. Formada en otra tradición teórica, se ocupa de las discordancias propias del campo de la comunicación. También difiere en algo no menor: se trata de una hija.

Con otros lingüistas comparte la idea de que hay un patrón universal: la madre tiene una función protectora. Es algo que acepta y hasta proclama; como cualquiera, no desconoce contraejemplos que invalidarían esa universalidad, pero procede como si dijera que, si así deben ser las cosas, según lo establecen ciertas expectativas, así son. Salvo que hay obstáculos empíricos a ese postulado.

Había escrito un libro sobre las conversaciones entre hombres y mujeres que llamó *Tú no me entiendes*.⁴ Inevitablemente, el *best seller* la volvió famosa. Antes de concurrir a una entrevista televisiva, su madre antepuso el orgullo por el éxito de la hija, esa función de protección que se le reconoce: “¿Vas a usar ese mismo traje? Ya te lo pusiste en el otro programa”.

Un poco empecinada en su optimismo, la autora apela a la (buena) intención de la madre y explica: toda sugerencia materna de cambiar está inspirada en mejorar algo que concierne a la hija (se podría agregar, por el “bien” de la hija), pero como ella sólo quiere ser aprobada por su madre, escucha el consejo como crítica. Estos modos por los que se enturbia la comunicación son su campo de trabajo. En su caso, que ni siquiera supiese “vestirse bien” le facilitó proseguir pregonando la tesis en su segundo éxito de librería: *¿Te vas a poner eso?*

El carácter trivial de estos intercambios de habla no deja de transparentar una violencia sorda de la maternidad en la que la madre, ella y la de cada uno, está apresada. Arrastrada por un movimiento irresistible de recuperar que se genera cuando una mujer “da” algo de sí misma o le “sacan” un pedazo, según la vertiente teológica, aunque sea laica, del discurso en el que vive.

⁴ Editado en Buenos Aires por Javier Vergara, 1993.

Y el humor es una de las vías para arreglárselas con esa violencia, como si, por un momento, fuera posible atenuar la severidad de la mirada. El humor suele frecuentar a escépticos o pesimistas.

Algunos lingüistas, como Eugenio Coseriu, piensan, como lo hace Platón en *El Sofista*, que hay que decir las cosas como son, porque cuando se les dice como no son, o han dejado de ser o todavía no son, es falso. Si ocurriera algo tan inimaginable, el mundo se achicaría hasta quedar desierto y silencioso. Pero, para ser justos con el científico, hay que agregar que Coseriu sostiene que el hablante sabe lo que es el lenguaje, sabe lo que es la lengua, lo que es el significado, y que la tarea científica se reduce a trasladar ese saber a un plano en el que pueda verse justificado. Algo de razón le asiste, al menos en lo que concierne a esa suposición de saber.

Este acento lleva a estudiar *cómo* se habla; la lengua oral es algo de lo que se ocupan muchos escritores que se pasean de incógnito parando la oreja. Entre los que están atentos al valor de uso de las palabras, sus contrasentidos y giros inesperados, ocupa lugar principal quienes no rehúyen el humor. Sin descuidar la gramática o la sintaxis se muestran dispuestos a recoger el saber del hablante. Una de las condiciones que lo vuelve posible es no creerse, no creerse uno mismo.

Cuenta en la anécdota que cuando Mark Twain se encuentra con Sholem Aleijem, el primero se presenta diciendo: *Soy el Sholem Aleijem de Norteamérica*. Merecería haber ocurrido. ¿Qué asoma en estos pseudónimos? Literaturas tan disímiles sólo comparten el humor que disloca el sentido. No es exagerado decir que estos escritores hicieron lingüística del habla; sin esa nota de posterioridad etnológica (a su modo, ambos eran miembros de sus tribus), sus literaturas dejaron oír las conversaciones que se oían en el casi inglés de las orillas del Misisipi esclavista, o en el ídish de los pequeños pueblos cercanos a Odesa y Kiev, y transmitieron el saber que las tradiciones orales perpetúan en los diálogos cotidianos, sus voces singulares. Esto no les impidió inventar. Uno, extrañamente optimista en algunas novelas, alentó el ánimo de aventura de chicos huérfanos⁵ y escribió palabras que sonrían. El otro, a pesar de la estructura patriarcal vigente, hizo del suspiro de la madre la palabra de un pueblo.⁶ Ambos, con ironía irreverente, sin ahorrar ternura ni crítica.

⁵ Huckleberry Finn, Tom Sawyer, y otros, bajo el patrocinio de Oliver Twist.

⁶ Respecto del tema, véase la recopilación de Victor Malka, *Comme dit ma mère*, Points, París, 2010.

LO QUE NO TIENE NOMBRE

Suele considerarse que, para una comunidad determinada, el mundo en el que vive no es ajeno a la estructura de su lengua, y esto hasta el extremo de creer que no hay lengua a la que le falta una palabra. En cierto sentido, esta creencia se apoya especialmente en el caso de los sustantivos. Quién podría extrañarse en las lenguas inuit de los esquimales no haya una traducción puntual para una fruta como el mango. Sin embargo, sería difícil concluir que no se lo pueda decir de algún modo. Estas lenguas, a diferencia de lo que ocurre en nuestro ámbito lingüístico, donde se recurre a los poetas, tienen una palabra para hablar de la nieve en el aire, la que cae en copos, y otra para la nieve que se acumula en la tierra. No se trata de sinónimos o equivalencias. En español, la palabra “agua” no nombra su estado cristalizado o gaseoso, aunque la composición química sea la misma. Antes que declarar “intraducible” una palabra prefiero creer que es irreemplazable. En esto, cualquier escritor hace como el traductor: no sustituye una palabra por alguna equivalente, escribe *otra*, y sabe que cuando abre esa puerta detrás de ella entra el viento trayendo resonancias inadvertidas.

Tal vez la trampa reside en esperar una traducción término a término. Decir, en toba, “mi abuelo” (*napi, ýapi*), designa al padre de mi padre o de mi madre, pero también a todos los varones a quienes mis abuelos llaman hermanos, padres, tíos y abuelos. Son muchas las lenguas que nombran una relación de parentesco, y no los miembros esa relación. Se podría pues sostener la creencia de que cualquier lengua es suficiente para atender al experiencia de sus hablantes. Y sin embargo...

En nuestra lengua se llama huérfano a quien ha perdido a su madre, a su padre, o a ambos. Pero, ¿cuál es el nombre de esa condición que adquiere el padre o la madre cuando se muere un hijo? Hay cosas que no tiene nombre.

La palabra “huérfano” está enlazada a orfandad, que es una forma intensa desamparo, aunque ésta no sea exclusiva de los hijos. Todas ellas comparten la misma raíz indoeuropea **orbh*, que significa alejar, separar. Que haya una palabra para designar al hijo que pierde a sus padres y ninguna para la circunstancia inversa, refuerza la convicción de que el sujeto que habla lo hace en condición de hijo. No es una conclusión filológica.

El alejamiento o la separación puede adquirir el valor de una liberación, un retiro, también un rechazo. Generado por una muerte, por un nacimiento, por una deserción, acontecimientos que pueden ser objeto de celebración o lamento, casi siempre in-

cluyen una pérdida. Dejar de pertenecer, incluso habiendo sido algo deseado, desorienta, y hace del que se marcha o del que se queda, un extraño. Las obras de Dickens y de Dostoyevski están llenas de huérfanos; extrañamente, los cuentos de hadas también. ¿Por qué esta literatura se dirige a niños? La representación más convencional de un hada es una mujer hermosa que casi siempre *baja*. Muchos de esos relatos se inician con la pérdida de los padres o la suponen consumada, como si ese origen, como si la condición de huérfano diera la medida heroica de la supervivencia.⁷

No hay rastros de orfandad en la voz de auxilio, *mamá*, que escapa casi automática, de la boca del adulto en momentos de desamparo o de extremo sufrimiento. Facilitada por el narcótico, por la acción piadosa de la morfina, a veces, tan sólo al despertar de un sueño, y siempre como para detener la caída al mundo. En ocasiones, no hace falta que ocurra nada, es sólo un pensamiento que dice “mamá”.

Emmanuel Carrère, un poco contrariado, no llega a inhibir la confesión:

Detesto que se emplee la palabra “mamá”, salvo en vocativo y en un entorno privado: que incluso a los 60 años te dirijas así a tu madre está muy bien, pero que pasada la escuela elemental digas “la mamá de fulano” o, como Ségolène Royal, “las mamás”, me repugna, y percibo en esta repugnancia otra cosa distinta que el reflejo de clase que me hace saltar cuando alguien dice delante de mí “parisiense” o, cada dos por tres, “sin problema”. Sin embargo, incluso para mí, la que se iba a morir no era la madre de Amély, de Clara y de Diane, sino su “mamá”, y esta palabra que no me gusta, que me entristece desde hace tanto tiempo, no diré que no me apenase, pero tenía ganas de pronunciarla. Tenía ganas de decir, en voz baja: “mamá”, y llorar y sentirme, no consolado, sino acunado, simplemente acunado, y dormirme así.⁸

A costa de acentuar su disgusto, se podría decir: “todo bien”. Y agregar que es también un “reflejo” de hijo: la madre de esas pequeñas puede ser nombrada “mamá” si el recuerdo lo llama para dormirse en ella. Quizás el autor se incluye en una clase “culta”, pero no hay clase en la que “mamá” no sea la mía.

Entre aquellos cuya práctica los ha llevado a ocuparse de las relaciones entre hijos y sus madres se puede admitir la exis-

⁷ El padre de Virgilio y Homero y Expósito, huérfano y criado en la Casa de Niños Expósitos, no quiso olvidar su origen.

⁸ *De vidas ajenas*, Anagrama, Barcelona, 2011, pp. 66-67.

tencia de cierta unanimidad: tienden a inquietarse por el pequeño aferrado al amor de su madre y crece la alarma cuando el niño se convierte en el objeto exclusivo de los deseos de ella. Sin duda, esa exclusividad justifica los temores, pero también es cierto que así se jerarquiza el objeto más que el deseo.

Si los poetas y escritores inventan, falsifican y mienten para dejar oír una verdad, ¿por qué no podrían hacerlo los lingüistas? Algunos atribuyen su amor a las lenguas al amor materno, como lo hace Louis Hagège; otros, a la necesidad de escapar de allí, como Wolfson. Son todos hijos de su madre, como cualquier hablante.

El abandono de la lengua materna también puede entenderse como una acción de resistencia contra voces que no se callan, voces que hay que lograr enmudecer. Wolfson, nacido en Nueva York, cierra sus oídos al inglés. Habla en alemán, en ruso, en ídish; escribe en francés. La madre de Wolfson (¡no es poca cosa llevar al lobo en el nombre!) era muy atrevida en su intrusión: se dedicaba con alegría “a hacer vibrar el tímpano de su hijo querido con sus propias cuerdas vocales, las de ella”.⁹ ¿Cómo salir de ella si la tiene dentro? La respuesta de Wolfson, según Octave Mannoni, es que “un factor emocional suele impulsar a la gente a ponerse a estudiar lingüística y en particular gramática comparada”.

Ignoro si Julia Kristeva se cree concernida; ella vive en francés, pero sospecha que el búlgaro yace en una “cripta subterránea”. La lingüista sabe que la palabra significaba en griego “esconder” y, en efecto, compara esa cripta con el cadáver todavía caliente el cuerpo de la madre. Cierta militancia feminista no le impide (o le permite) concluir que hay algo matricida en abandonar la lengua materna. Es posible aunque difícil extender esta conclusión.

Mannoni piensa que Wolfson generaliza. Relata que en alguna oportunidad no dejo de hacerle la pregunta a Jakobson y recibió como respuesta: “uno no se convierte en lingüista, lo sigue siendo”. Es un lugar común, una réplica evasiva de la singularidad que enuncia una condición que afecta o es compartida por muchos. Pero se la puede tomar en serio. ¿Desde cuándo se sigue siendo? Parece una referencia que remite a la primera infancia, tiempos en los que hay una emocionante relación con esa lengua que se escucha y no se entiende, época

⁹ Gilles Deleuze se atiene (aunque no se restringe) a comparar los mecanismos lingüísticos de Wolfson, Roussel y Brisset. Y extiende la comparación hasta oponer a L. Carroll (juegos lógicos) con Artaud (movimientos pulsionales), asunto que introduce el “esquizoanálisis”, batalla ideológica y política en la que estaba comprometido. Véanse *La lógica del sentido*, Seix Barral, 1971; *Crítica y clínica*, Anagrama, Barcelona, 1996.

“en la que la lengua materna ha sido un puro juego lingüístico, pleno, sin embargo, de una oscura promesa de sentido”.¹⁰ Si fuera cierta la afirmación de Jakobson, los lingüistas serían esos seres más hábiles o afortunados que otros en ejercer el “arte verbal infantil”,¹¹ en no dejar de ser niños que escuchan sin atender al sentido.

LA LENGUA EXTRAÑA

Es cierto que no se puede generalizar. El navegante Conrad, que no perdió nunca su acento polaco, es conocido por escribir en una lengua cuya adquisición es posterior a su lengua materna, al ruso y al francés. Nabokov aprende primero el inglés que el ruso, y Brodsky lo hace “para complacer a una sombra”, modo de decir su admiración por Auden. Por necesidad impuesta o elegida, los escritorios que eligieron el exilio de su lengua materna quizá hallaron en las lenguas extranjeras una posible relación con la franqueza anónima de las palabras, con su presencia *extraña*. Se introduce en ese nuevo mundo, y cuando la mudanza resulta exitosa, no es porque la hagan “suya”, afirmación temeraria a la que nadie se atreve a responder: porque esa otra lengua preserva su cualidad de ser *diferente*.

Resulta conmovedor el relato que hace Jean Paulhan¹² de su iniciación en el valor de los proverbios malgaches, en Madagascar. Conocer sus significado, las palabras que componen esas frases, las ocasiones formales de sus empleos, no alcanza. Los usa, y no dicen nada. No se debe a que es un extranjero. Es extranjero hasta que comienza a usarlos sin darse cuenta; advierte entonces que decirlo es un hecho que ocurre, y que diciendo afirma una verdad que desconoce. Sin dramatismos, nos ofrece la oportunidad de asistir a los modos por lo que alguien comienza a pertenecer a la lengua, a ser acogido por ella. Es una fortuna infrecuente convertirse en hijo adoptivo de una lengua. Quizás, uno de los medios para resolverlos obstáculos que encontraba, fue olvidarse de traducir.

Hay sobre ello un testimonio precioso confiado por Gide a Benjamin en su encuentro en Berlín.¹³ Acaparado por el inglés en su trabajo de traducir a Conrad y a Shakespeare, se había

¹⁰ Véase “El lenguaje del esquizofrénico”, en *Cuadernos Sigmund Freud*, tomo 2, Buenos Aires, 1972, pp. 73-87

¹¹ Roman Jakobson y Linda Waugh, *La charpente phonique du langage*, Minuit, París, 1980, cap. IV: “La magie des sons du langage”.

¹² Jean Paulhan, *La expérience du proverbe*, L'Échoppe, París, 1993.

¹³ Walter Benjamin, “Conversaciones con André Gide”, *Iluminaciones I. Imaginación y sociedad*, Taurus, Madrid, 1980, pp. 134-135

alejado del alemán durante diez años, hasta que volvió a leer *Las afinidades electivas*. “No es el parentesco entre el inglés y alemán —explica— lo que me facilitaba el asunto. No; era precisamente lo que de mi propia lengua madre había rechazado lo que me daba el impulso para adueñarme una lengua extraña. En el aprendizaje de una lengua lo más importante no es la que se aprende: abandonar la propia es lo decisivo”.

Benjamín agrega: “Gide cita entonces una frase de la descripción del marino de Bougainville: *Al abandonar la isla, le dimos el nombre de la Isla de la Salvación*. Y añade la frase maravillosa: *Ce n'est qu'en quittant une chose que nous la nommons*”. Algo muy distinto de lo que afirma Heller: no es el asesinato de la cosa, es desprenderse de lo que ya no nos tiene.

Un equívoco geográfico acentuó una confusión extendida que hizo de la madre un continente. Madre es la isla que se abandona para aventurarse en territorios extranjeros. A veces esa distinción se puede hacer en el interior, en los pliegues de una misma lengua. Sartre, sin cuidarse, afirmaba que se habla en la propia lengua y se escribe en lengua extranjera. Es una distinción de escritor.

Algunos viajeros, sin embargo, difícilmente se hayan sentido en casa al llegar a destino: Wolfson no llegó nunca. El exilio de la lengua es un extremo cruel. Pero hay más: “Es distinto ser apátrida en casa que en el extranjero, donde uno puede encontrar su hogar en la ausencia de una patria”. Lo dice una autoridad, Imre Kertész,¹⁴ quien sueña repetidamente con su madre, el mismo sueño opaco, lleno de remordimientos.

Son muchos los que han traducido sus propios textos; se les vuelve entonces perceptible una antigua respiración y, no sé si queriendo o sin querer, dejan que suene una música que algunos de ellos creyeron perdida (como si se pudiera perder lo perdido), tal vez la que anhelaba oír Hagège, pero no la misma pues es evidente que *matb*, *mamma*, *mamá*, tienen, cada una, un canto distinto e inigualable.

¹⁴ En *Yo, otro. Crónica de cambio*, Acantilado, Barcelona, 2010.